

falsos amigos de Francisco II: á nosotros falsos *neutrales* en la cuestion.... Y á este propósito, nos contó el oficial muchas cosas que... no me parecieron bien ni favorables á España.

Esta conversacion me traia el aura guerrera del año pasado. El año pasado, tal dia como hoy, estábamos en el *Campamento del Hambre*. El paraje que me rodeaba esta mañana tenia tambien mucha semejanza con el de Rio Azmir: una montaña; un pantano; el mar á lo lejos; un sol de oro...—Los ecos de la soledad eran asimismo iguales: son de trompetas, ruido de armas, palabras de muerte...—Entre una y otra escena mediaba casi todo el Mediterráneo ¡cuatrocientas leguas de mar...! pero la latitud era la misma; la temperatura idéntica tambien: primaveral en Enero... ¡Inolvidables mañanas una y otra!

Volvió el soldado de caballería. El coronel de Fondi se negaba á transmitir el despacho telegráfico.—No habia mas remedio que volver á Terracina, y así lo hicimos.

El resto del dia lo hemos pasado recorriendo esta ciudad, cuyo aspecto romántico, bizantino, muy semejante al de los parajes sombríos y dramáticos de Florencia, no ha sido parte á consolarnos de nuestra desventura.

Al caer la tarde, un vaporcito que habia estado desembarcando caballos procedentes de Gaeta, se dispuso á volver á la plaza sitiada.

—¿Vamos á Gaeta? nos hemos preguntado á una voz.

—Vamos, nos hemos respondido á un mismo tiempo.

Corrimos al muelle: la mar estaba espantosa: el bote del vapor acababa de separarse de la orilla....

—¡Ah del bote! exclamamos:

—¡Bote! ¡Bote! repitieron las gentes del muelle, llamándolo para que volviese y nos llevase á bordo.

El bote no nos oyó: los bramidos del mar se lo impedían...

A esta casual circunstancia debemos la vida Dioscoro Puebla, Caballero, Jussuf y yo.

Cinco minutos despues resonaba un espantoso grito en la playa de Terracina.

El bote habia sido devorado por las irritadas olas.

De los cuatro marineros que lo tripulaban, solo tres pudieron salvarse con auxilio de sus remos. El cuarto desapareció... y ni su cadáver se ha encontrado todavía.

Las tablas del bote sí han sido arrojadas por las olas á los peñascos de la punta del muelle.

Nosotros no hemos podido menos de dar gracias á Dios por todos los sucesos del dia de hoy. ¿Qué significa nuestro contratiempo de esta mañana, comparado con la prodigiosa fortuna que hemos tenido esta tarde?

Adios, pues; nos volvemos á Roma, desde donde iremos en ferro-carril á Civita-Vecchia en busca de un vapor que nos conduzca directamente á Nápoles.

## II.

Civita-Vecchia.—Dos ajusticiados.—El archipiélago partenopeo.—El Vesubio á lo lejos.—  
¡Nápoles!

Civita-Vecchia 12 de enero.

No dirás que pierdo el tiempo. Han pasado dos dias y ya estamos á bordo del *Durance*, vapor francés, surto en el puerto de *Civita-Vecchia*.

Son las cinco de la tarde: dentro de una hora levaremos anclas: mañana nos amanecerá en el golfo de Nápoles, al pié del Vesubio, enfrente de la ciudad *partenopea*.

Caballero y Jussuf se han quedado en Roma: se marcharán por tierra á Turin, donde he prometido estar dentro de veinte dias: Dioscoro Puebla se halla conmigo á bordo.

Nuestro paso por Roma ha sido un sueño: quiero decir, que llegamos ayer á las once de la noche y nos acostamos; que nos levantamos esta mañana á las ocho, y tomamos el tren para Civita-Vecchia sin ver á nadie...—Nos avergonzaba el haber tenido que volvernos desde Fondi, cuando ya pisábamos territorio napolitano.

En Civita-Vecchia nos ha acompañado y obsequiado mucho el cónsul de España, mi antiguo amigo el señor Valladares. El único puerto de los Estados romanos tiene muy poco que ver, y eso poco no lo hemos visto, á causa de la espantosa lluvia que ha estado cayendo toda la tarde.

Sin embargo, llevo un recuerdo inolvidable de la Tiro papal, y es haberme encontrado de manos á boca con el verdugo, que venia, caballero en una mula, y calado de agua, de guillotinar á dos reos políticos.

La suerte de estos dos desgraciados ha sido terriblemente caprichosa. Procesados y condenados á muerte como enemigos del poder temporal de los Papas, iban ya á ser ajusticiados en *Perugia*, cuando aquella ciudad se sublevó é invadió la cárcel, poniendo en libertad á todos los presos políticos. Pero la autoridad romana, que veia venir el motin, se habia anticipado á sacar secretamente de la cárcel, *quinze minutos* antes del alzamiento, á estos dos infelices reos y á esconderlos en otro lugar, desde donde los envió á Roma con el mayor misterio, cuando *Perugia* y toda la *Umbria* formaban ya parte de los dominios de Victor Manuel. Una vez en Roma los dos prisioneros, se han dejado pasar tres meses, y hé aquí que ayer, (¿por qué no mañana?) fueron trasladados á Civita-Vecchia, (ciudad la mas fuerte del Estado romano, copiosamente guarnecida de tropas francesas), con el solo, con el único, con el esclusivo objeto de ajusticiarlos hoy... lo cual se ha verificado sin aparato ni ruido.—¡Y todo por quinze minutos! ¡Y entre tanto, sus compañeros en la prision, sus cómplices en el delito,

toda Perugia, toda la Umbria, llevan cuatro meses de ser impunemente liberales!—Repetid conmigo, que la suerte es caprichosa.

Pero anochece, y el capitán del *Durance*, excelente marino, á quien tuve el gusto de conocer en Africa (pues mandaba uno de los buques sardos contratados por nuestro gobierno), nos envía á buscar para que lo acompañemos á *pranzo*, quiero decir, á comer...

Hagamos por la vida sin miedo alguno de que nos guillotinen por liberales... Ya hemos levado anclas: somos libres: estamos en plena posesion del mar, bajo la bandera francesa, con rumbo á Nápoles, ciudad libre tambien!

¡Trabajo nos ha costado *legalizar* nuestra situacion á los ojos de la policia romana! ¿Querrás creer que nos pedian en el ferro-carril de Civita-Vecchia un certificado del cura de nuestra parroquia en Roma, que nos autorizase para dejar los Estados Pontificios? ¿Querrás creer que, porque no teníamos ese certificado, trataban de hacernos regresar á la ciudad eterna? ¿Querrás creer que hasta que se convenció un empleado nada Salomon, de que no éramos italianos, nos hemos visto amenazados por los gendarmes del Papa?

¡Ah, noble y beatísimo Pio IX! ¡Qué cosas se hacen en su santo nombre! Y ¡qué inmensa distancia, qué absoluta diferencia existe entre lo que se ve y se adivina con dolor en el Estado romano, y aquel alma bondadosa, paternal, angélica, que acoge tan cariñosamente á los peregrinos, que derrama un bálsamo bienhechor en los corazones atormentados!

.....  
Día 15.—A bordo del *Durance*.

Ya es de día. Subamos sobre cubierta. Debemos de estar á la vista de Nápoles.

La noche ha sido penosa: hemos navegado con viento contrario, y esto ha retardado dos horas nuestro viaje.

Me alegro en el alma. Así verá con la luz del día los sublimes panoramas que van á descorrerse ante mis ojos.

Ahora está la mar dormida. Por la *porta* ó ventana de mi camarote veo un cielo azul y trasparente. Va á salir el sol... ¡Arriba!

Subo á tiempo al alcázar. Ya se distingue á lo lejos la doble pirámide de la isla de *Ischia*, centinela avanzada del golfo de Nápoles...

Acabamos de dejar atrás á Gaeta, que se divisa allá en la estensa línea del continente con sus formidables muros.—El cañon no ha tronado en toda la noche.

Todos los anteojos se fijan en la plaza sitiada. Nada da en ella señales de vida.—Tal vez dentro de una hora será teatro de nuevos y desesperados combates. Démosle un adiós... y dispongamos el ánimo á las delicias de la region encantada en que vamos á penetrar.

Ya empieza á dibujarse claramente en los fondos azules del cielo y de las olas el clásico archipiélago Parthenopeo... Las islas de *Ischia* y de *Procida*

parecen dos grandes navios de color de violeta anclados á la entrada del mágico golfo que no tiene igual en el mundo. Estas islas se nos presentan en varias posiciones, á cual mas elegante, según que avanzamos hácia ellas.—Me recuerdan las estatuas que giran sobre su pedestal en los museos...

Ya distinguimos otra isla mas pequeña... es la *Vivaca*. A lo lejos aparece otra:—Es *Capri*... la inmortal *Caprea* de los griegos.

Penetramos en el canal que separa á *Procida* del continente. Pronto doblaremos el *Cabo Miseno*, y descubriremos el maravilloso cuadro de que se ha dicho:

*¡Vedi Napoli é poi muori!*

Los recuerdos mitológicos de cada isla; el eco poético de cada nombre aleja de mi imaginacion todo el mundo moderno.—Entramos en la region de la fábula; en la region frecuentada por los dioses; en el teatro de la *Eneida*...

Sale el sol... y como por encanto brillan á mis ojos ininidad de pueblos que brotan de las aguas y se reflejan en ellas. Las islas de color de violeta se convierten en grandes masas de flores y verdura coronadas y ceñidas de pintorescos edificios que relucen al sol como la plata...

Hé allí *Castellamare*... Hé allí *Sorrento*... Hé allí *Meta*, *Vivo Equense*, *Torre Anunciata*... y otras poblaciones, bordando la cóncava ribera del mar, enlazadas unas á otras hasta formar una guirnalda ondulante de pueblos, quintas y palacios, que parecen nacidos de la orla de espuma del resplandeciente golfo.

Pero ya debe verse el *Vesubio*... ¡Oh, si!.. Sobre todo este cuadro se levanta, dominando los montes que aun la ocultan, una solitaria cumbre coronada de un largo penacho de humo...

No prestemos bellezas á lo que tantas encierra... Visto desde aquí, el *Vesubio* no sorprende: ni aun llama la atencion. El humo de la chimenea de un vapor ó de una fábrica seria mucho mas vistoso...—Pero ¿quien pone freno á la imaginacion? La imaginacion sabe que aquella cinta gallarda de flotante humo, coloreada por el sol de la mañana, es la respiracion del mónstruo que ha devorado tantas ciudades, y cuyos rugidos, cuyas palpitaciones hacen temblar á esta comarca.—Y á mí me horroriza tanto mas aquella leve enseña de un poder tan formidable, cuanto que he pasado parte de la noche leyendo á Plinio el Joven y meditando horrorizado en la destruccion de Herculano y de Pompeya: es decir; que la idea del *Vesubio* no reviste en mi imaginacion una forma amiga, sino enemiga y espantosa.—No, yo no vengo á admirarlo: vengo á contemplar los cadáveres de sus víctimas.

Hemos doblado el *Cabo Miseno*. Estamos dentro del golfo. ¡Espléndido, sublime, indescriptible espectáculo!—Todavía no vemos á Nápoles: para ello tendremos que doblar la *Punta de Posilipo*; pero ya descubrimos en un lado la Bahía de *Baia*, formada por la region que lleva el nombre de *Campi phlegreæi* (campos ardientes), escenario mitológico en que se encuentran la *Stigia*, el

*Acheronte*, el *Cocyto*, los *Campos Elíseos*, el *Tártaro*, el *Letheo*, todo el mundo plutónico... en otro lado, el vasto semicírculo trazado por la especie de península de Salerno, donde se hallan todos los pueblos que cité antes; y en me-



Una calle en Pompeya.

dió se ven las ciudades muertas, *Herculano* y *Pompeya*, y las que las han reemplazado á poca distancia, y *Pórtici*, y la *Torre del Greco*, y cien otros pueblecillos escalonados, (¡qué horror! ¡qué temeridad!) á la falda misma del *Vesubio*.

¡El *Vesubio*! Ya se le descubre completamente: ya impone y aterra su plomiza mole piramidal, cuya base es de lava, cuya cúspide es de ceniza, cuyo

corazon es de fuego y sobre el que ondea incesantemente una columna de humo que se ennegrece ó se enrojece por intervalos.—¡Ah! yo pondré mi pié sobre tu frente, demonio de los montes...—Pero en aquel instante, ten piedad de mí Yo quisiera recordar durante algunos años, que hubo un día en que hollé tu cumbre incendiada, como hubo otro en que pisé las cumbres de hielo del *Mont-Blanc*.

Pero ya doblamos la punta de *Posilipo*.....

¡*Nápoles*! ¡*Nápoles*!—Hé aquí toda la ciudad, levantada en anfiteatro sobre el trasparente golfo, retratándose en él, coronada de torres, por detrás de las cuales asoman nuevas colinas cubiertas de laureles, de vides, de naranjos y limoneros: hé ahí la gran colmena reclinada en escalonados montes, llenos de jardines que festonean de flores y verdura los palacios y las iglesias. Aquí, en el mar, millares de barcos de todas las naciones, el histórico *Castillo dell' Ovo*, las alamedas del muelle de *Chiaja*, los bosques de *Villa Reale*, las encantadas alturas que esconden la *Tumba de Virgilio*, el muelle de *Santa Lucía*, el *Puerto Militar*, el *Castillo Nuevo*: allá arriba, el formidable y célebre *Castillo de San Telmo*: mas allá aun, la *Cartuja*, que domina toda la ciudad...—¡Esa es *Nápoles*! la sirena *Parténope*; la cortesana griega; la antigua esclava de *Aragón* y de *Castilla*!

La capital, propiamente dicha, tiene una legua de estension de Norte á Sur y media legua de Este á Oeste; pero comprendiendo los barrios que de ella dependen, mide seis leguas de circunferencia. En este espacio pululan medio millón de habitantes; pero es tal la animacion, el ruido, el movimiento que se nota al entrar en el puerto, que se creeria uno llegado á una capital de tres millones de almas.

Un sol ardiente,—y estamos en *Enero*, y son las ocho de la mañana,—un aire tibio y perfumado, una mar azul y reluciente como un espejo; árboles sin cuento, verdes ó floridos, brotando por todas partes, desde la orilla del mar hasta la cima de los montes, entre las casas, sobre los templos; una alegría, una hermosura, una transparencia infinita en el cielo; una diafanidad sin igual en el ambiente; un océano de luz; una riqueza prodigiosa de colores intensos, brillantes, espléndidamente combinados, dan á *Nápoles* un aspecto riente, jubiloso, mágico, seductor, irresistible. Al verlo, diríase que se asiste á una fiesta pagana en que los hombres y la naturaleza han confundido su regocijo, se han dado un beso de supremo deleite, se han entregado desafortadamente al goce de la vida, y se han jurado eterna juventud, perdurable primavera.

«*Ver á Nápoles y despues morir...*» ¡Oh! sí: hay en este cielo; hay en este aire; hay en esta luz una superabundancia tal de vida; tal lujo de pasion, tal exuberancia, tal facundia, que el corazon se ensancha, que la sangre chispea, que las lágrimas acuden á los ojos; que se tiembla de amor á la existencia; que reconoce uno que nunca ha vivido tanto; que quisiera morir antes que volver al frio y desmayado mundo que ha conocido en otras partes.

No sé si es que el volcan centuplica la vitalidad de esta comarca con sus efluvios ardientes; no sé si es que la estructura del golfo, resguardado de todos los

vientos, lo ha convertido en un refugio encantado, en el cual han establecido su imperio las brisas de abril portadoras de la fecundidad: no sé si es que las divinidades de la antigua Grecia, los dioses protectores del amor, de la abundancia y de la hermosura, siguen considerando esta parte del mundo como su mansion favorita:—lo que puedo decir es que el aspecto de Nápoles y su influencia en el que lo mira hacen comprender los parasismos de felicidad, los éxtasis y los deliquios de todos los paraísos imaginados por los poetas.

## III.

## La vida en Nápoles.

Nápoles 18 de enero.

Si bello era Nápoles visto desde el vapor, interesante y bellissimo es despues que se salta á tierra.

Yo no conozco ciudad mas alegre, mas animada, mas bulliciosa, mas pintoresca. En ella todo es música, luz, colores y movimiento. La poblacion bulle, corre, grita, gesticula, canta, reza y se mofa de todo incensantemente y á un tiempo mismo. El napolitano tiene mucho de griego, mucho de berberisco, mucho de andaluz. Es levantino por escelerencia.

Los muelles y las playas son unos campamentos de invierno y de verano (pues aquí no hace nunca frio) donde cien mil hombres, mujeres, viejos y niños, viven al aire libre, pescan, guisan, comen, bailan, roban, duermen y se reproducen. Algunos millares de ellos tienen una tienda en mitad de la calle, cuya tienda consiste en una larga mesa cubierta de esquisitas ostras, de peces vivos, de vistosas flores y de esquisitas frutas. Para dar una idea de la frugalidad de los napolitanos, baste decir que muchos *lazzaroni* se mantienen solo con *sandía* que, es uno de los productos mas abundantes del pais. «*Co tre calle, —dicen,—vive, magne, é te lave á faccia.*» (Por tres céntimos, bebas, comes y te lavas la cara.) —Dicho se está que una ciudad en que se vive de este modo es sucia en grado superlativo.

Otro de los rasgos caracteriscos de la fisonomia de Nápoles es el infinito número de coches, calesines en su mayor parte, llamados aquí *carricoli*, ó *carrocele*, que discurren á escape por la poblacion, deslizándose cuatro en fondo por las empinadas calles empavesadas de lava, cruzándose en todas direcciones, sin orden ni concierto, con tanta osadía como destreza, como antiguamente los romanos y griegos de que son intermedios geográficos tememario. El conductor se pone á veces de pie para dirigir la *cuadruga*, que no es tal cuadruga, sino un solo caballo enano que corre como un demonio, arrancando chispas del suelo; en el carruaje van frailes, mujeres, niños, garibaldinos, *lazzaroni*, (cuadruple tripulacion de la que buenamente cabe); quién agarrado á un hierro, quién

colgado de un tirante, quién de pie en un estribo, y casi todos gritando desafortadamente.

El escándalo es la vida, el alma, la idiosincracia de Nápoles. En Nápoles gritan los transeúntes que van solos en medio del dia por plazas y calles, y gritan por el solo placer de oirse, porque les retoza la alegría en el cuerpo, no se por qué prurito de alterar el orden.—Y en vez de andar, bailan y brincan como si estuvieran picados de la tarántula.—Y en efecto, su baile favorito se llama la *tarantella*.—Todo el mundo canta, y todos cantan bien, cada uno por su lado, produciendo una gozosa algaravia que trastorna y aturde al forastero. Es una orgía constante, es una borrachera de júbilo y desvergüenza; es un desenfreno cinico y que no llamaré salvaje... porque me acuerdo de la refinada civilizacion que ha producido tal escoria.

¡Oh!... sí: Nápoles es la heredera de la Grecia decadente y de la Roma prostituida. Cerca de Nápoles está Cápua: dentro de Nápoles está el barrio, ó por mejor decir, la sentina llamada *Porta Capuana*. A la vista de Nápoles está *Pompeya*, la Sodoma del paganismo, enterrada bajo ceniza hace mil ochocientos años. Nápoles es el pantano del vicio; á Nápoles se puede aplicar con una exactitud espantosa la descripcion que Zorrilla hace de la Pentápolis; aqui pulula

aquella muchedumbre  
que, profanando su mortal belleza,  
del vicio en la asquerosa pobredumbre  
enfangó su feroz naturaleza,  
dejándola sin freno y sin cuidado,  
desbocada correr tras el pecado.

La calle principal de Nápoles, su gran *boulevard*, es la *Calle de Toledo*, llamada asi, del ilustre virrey don Pedro de Toledo, que la mandó abrir cuando el reino de Nápoles era una provincia española. La tal calle, que no es muy ancha, y consiste en una áspera cuesta de media legua de longitud, recuerda nuestras ciudades antiguas, por el aspecto novelesco de las casas, cuyo balconaje saliente y ostentoso dá sombra á veces á escudos heráldicos de Castilla y Aragon. Aquella via es una especie de valle ó rio, al cual descenden como arroyuelos muchas calles rectas y empinadas, dispuestas algunas en escalones.

A su comienzo, en el *Largo* (plaza) de *San Ferdinando*, se encuentra el célebre *Café de Europa*, eterno foco de conspiraciones y centro hoy del entusiasmo y la algazara. Nunca he podido alcanzar en él un puesto ó sea una mesa desocupada: en cambio, allí cerca, hay un *Café y Riposto* (fonda) sostenido por un reaccionario ó *borbónico*, al cual asiste muy poca gente y donde honran, siempre que vamos, nuestra habla española, dándonos de comer muy bien.

Pero nuestro *restaurant* favorito, para almorzar, es el muelle de *Santa Lucia*, en donde habitamos una casa cuyos balcones caen al mar y dan frente el Vesubio.

¡El Vesubio! De noche, nos pasamos largos ratos contemplando el volcan